

CONTRA EL FUNDAMENTALISMO

En la actualidad, y de forma cada vez más desgraciada y repulsiva, nos encontramos con un mal que, de no ponerle remedio rápido, tajante y decidido se puede convertir en un motivo que puede llegar a destruir incluso los cimientos de la actual civilización, que pese a sus muchos defectos y pocas virtudes, tantos siglos, luchas y muertes nos ha costado construir: me refiero al fundamentalismo.

El fundamentalismo es la actitud y el pensamiento tanto religioso como político que defiende, incluso con la muerte y la tortura, los fundamentos de su ideología, creencia o movimiento, en su integridad o pureza más rigurosa y extrema, justificándose la mayoría de las veces en sandeces como los dogmas, la tradición o la historia; y si bien es cierto que se equipara más que con cualquier otra cosa con el fundamentalismo islámico, los que nos llamamos cristianos o los que profesamos determinado credo no hemos tenido menos culpa, a veces, de dejar a éstos a la altura de una zapatilla. Basta con mirar a la historia, o sin ir más lejos, y como diría don Miguel de Unamuno, a nuestra "intrahistoria".

Desde que el hombre es hombre, la lucha por convertir la intolerancia en el pensamiento ajeno, y la imposición del tuyo propio frente al del otro, ha sido una penosa constante en todas las épocas. El Imperio Romano, Las Cruzadas, La Inquisición, Las Guerras Religiosas, Las Monarquías Absolutas, Los Regímenes Fascistas y Comunistas, la esclavitud y el racismo, son vagos y pequeños ejemplos de una práctica que sólo en el siglo pasado dejó millones de muertos, y una destrucción difícil de imaginar.

Más cerca en el tiempo, imágenes como la destrucción en marzo de 2001 de los colosales y milenarios Budas del Valle Afgano de Bamiyan, joya del arte y patrimonio de la humanidad, por el terrorífico y demente régimen talibán, gracias a Dios ya derrocado, o la desintegración el 11 de septiembre del mismo año de las Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York con la muerte de más de 8.000 personas en la



JUAN BAUTISTA FISAC
MARTÍN-POZUELO

catástrofe, o sin ir más lejos en nuestro país la barbarie terrorista de la organización de ultra izquierda y nacionalista vasca ETA, nos demuestran que si esto es algo parecido a un mundo feliz, el que escribe estas letras nació en la región marciana de Sidonia.

Personajes como Calígula, Nerón, Vlad "el Empalador", Fray Tomás de Torquemada, Fernando VII, Adolfo Hitler, Lenin, José Stalin, Pol Pot, Idi Amín Dadá, Monseñor Marcel Lefebvre, el Antipapa del Palmar de Troya Clemente Domínguez, Jean Bedel Bokassa, Osama Ben Laden, Mulá Mohamed Omar, Saddam Hussein, re-

presentan arquetipos de bestias, degenerados y horrendos criminales, que sólo esconden en el fondo una megalomanía excesiva, arraigada y extraordinaria, por permanecer en el poder y en el sillón de mando, sin importarles nada, ni nadie, algo que por otra parte le ocurre a mucha más gente en estratos más reducidos, ante un cargo representativo de más o menos responsabilidad.

Pero hay otro tipo de fundamentalismo, al que aludía al principio y que también me preocupa, el particular, el que parte de nosotros hacia los demás, el doméstico, el de "andar por casa" para que me entiendan. Y es que si miramos a nuestro interior, a nuestra gente y a nuestro pueblo incluso, y si tras ese sano ejercicio de honestidad somos sinceros, caeremos en la cuenta de que estamos llenos de actitudes y comportamientos que rayan en el más genuino y cerril fundamentalismo. Renegamos del contrario por pertenecer a éste o determinado partido o club deportivo, destruimos símbolos del pasado por lo que significan, obviando el valor artístico que encierran, anteponeamos lo iconográfico a lo verdadero, dándole más importancia a una simple y más o menos bonita imagen religiosa que a la esencia de un sacramento; e incluso, convertimos a esas mismas imágenes en motivos de luchas intestinas, porque van a ésta o determinada parroquia, como si sólo pertenecieran a unos pocos, utilizándolas en ocasiones como armas llenas de rencor y veneno para vengarnos de alguien a quien no queremos; tal es el caso de procesiones como la de la Patrona de Daimiel, la Santísima Virgen de Las Cruces, o la del Corpus Christi, llegando con ello a la cumbre fatal del más indecente fanatismo religioso, causando el consiguiente e irreparable mal en las personas que no creen y a las que más ejemplo deberíamos dar, las cuales, perplejas, todavía se decepcionan más de nosotros y de nuestro hipócrita, farsante y beato comportamiento. Aunque no es de extrañar, si nos damos cuenta de que muchos directivos son individuos que a menudo no

**Desde que el
hombre es hombre,
la lucha por
convertir la
intolerancia en el
pensamiento
ajeno, y la
imposición del tuyo
propio frente al
del otro, ha sido
una penosa
constante en todas
las épocas**